

escribir con la confianza de que el reggae ha hecho que los oídos del mundo escuchen a Jamaica. Y, en tanto la isla se vuelve más urbana, la literatura del país se ha vuelto multinacional. Ambos autores son organizadores del Festival Internacional Literario Calabash, en Jamaica, y siguen siendo sus directores artísticos y de programación. La misión del festival, según Channer, es nada menos que «transformar el arte literario en el Caribe». Patrocina una reunión anual de escritores cada mayo y ofrece talleres a lo largo del año. Su objetivo, según Channer, es criar una nueva generación de escritores que estén más allá del poscolonialismo, y que aprovechen el poder del movimiento del reggae. El reggae dio permiso para contar narraciones que usan la voz jamaicana no como una comedia, señalaba Channer en una entrevista, y añadió: El reggae combina espiritualidad, sensualidad, comedia y política sin apología.

*Si nos tenemos que morir,
no nos queremos ir así:
cazados, acorralados
en aquel lugar siniestro
mientras nos ladran los hambrientos
perros que se ríen entre dientes
del maldito destino nuestro*

Claude McKay: «El Motín» (fragmento)

La tensión política y racial en la región después del fracaso de la Federación de las Indias Occidentales (1958-1962), un intento de crear una unidad política en las antiguas colonias británicas que condujera a la creación de un solo estado, y la lucha por la independencia de Trinidad, Jamaica, Barbados y Guyana, corrieron paralelos al nacimiento de nuevos hechos culturales en la sociedad de las Indias Occidentales. Fue en la década de los 60 cuando los cambios sociales comenzaron a afectar al propio lenguaje y a la orientación cultural de las clases más bajas, y este desarrollo en la base de la sociedad tuvo importantes consecuencias en todos los órdenes. Al tiempo que se desarrollaba una nueva elite negra, se creaba también un nuevo estrato de marginados. En Jamaica fueron precisamente los rastafaris quienes se convirtieron en el sím-

bolo del reto que esos marginados representaban para las nuevas élites. El movimiento rastafari se estableció formalmente tras la coronación de Selassie como emperador de Etiopía. Este hecho fue interpretado por algunos seguidores de líder jamaicano Marcus Garvey, como el cumplimiento de una profecía hecha por él mismo que concernía a la redención de la raza negra respecto de la tiranía de Occidente. Los rastafaris veían África como su hogar verdadero y, en muchos casos, se negaban a colaborar en ninguna acción social y política en Babilonia, el término que usaban para nombrar a la sociedad moderna jamaicana y al resto de la civilización occidental. Tras la invasión italiana de Abisinia, ese grupo minoritario, un tanto excéntrico y de naturaleza pseudo religiosa, se transformó en un movimiento de masas que retaban la estructura social y espiritual de la sociedad poscolonial. Al final de los 60 sus creencias y su estilo de vida dominaban la orientación cultural de los desposeídos, e influyó en otras comunidades similares de población negra en Trinidad, Dominica, Londres, Toronto y Nueva York.

El discurso rítmico y poderoso de los rastafaris, su rechazo de la herencia europea, que una generación anterior a la suya había tratado de adoptar sin obtener los resultados esperados, atrajo a una nueva generación de escritores que no estaban en absoluto de acuerdo con la imagen del mulato que habían creado los escritores de los 50. En Jamaica, los rastas tuvieron una relación fluida con la Universidad de las West Indies, a la que a menudo miraban cuando tenían soportar o justificar los ataques que recibían del resto de la sociedad. Su influencia es, por tanto, más notable en aquellos escritores que estuvieron en contacto con el campus del MONA, en Jamaica. En este entorno hubo un grupo de escritores en los que el desarrollo de su trabajo, desde el punto de vista estilístico, estuvo muy influenciado por las ideas rastafaris y sus ritmos discursivos. Entre ellos se encontraban algunos como Kamau Brathwaite, de Barbados, o los jamaicanos Mervyn Morris y Dennis Scott. Otro acaadémico, Orlando Patterson, publicó la novela *The Children of Sisiphus* (1964), en la que trataba de enmarcar la experiencia rastafari en un marco existencialista. Otros escritores de diversas procedencias como, Sylvia Wynter, Derek Walcott, Jean D'Costa o Erna Brodber, ofrecieron una

interpretación variada de la significación de este movimiento y las posibilidades que entrañaba en cuanto a la renovación espiritual que podía representar para la sociedad de las Indias Occidentales.

La atracción por las ideas rastafaris, su discurso, formó parte de un proceso más amplio de afirmación racial que arrastró al caribe en la estela del movimiento norte americano del Black Power. Caribeños como el jamaicano Marcus Grvey o Stokely Carmichael, de Trinidad, aportaron un considerable valor a lo largo de los años a la lucha afro-americana por el reconocimiento de los derechos civiles. Una vez que el movimiento del Black Power cobró impulso en EEUU se expandió rápidamente por las distintas sociedades del Caribe. Al margen del contexto de minoría racial en el que nació el Black Power en EEUU, el llamamiento que hacía del «poder al pueblo» caló hondo en las Indias Occidentales, donde una gran parte de la sociedad sentía que cultural y económicamente habían sido traicionados por la nueva elite negra. La primera gran confrontación que produjo este sentimiento fue en Jamaica en 1968 cuando la deportación del profesor radical guyanés Walter Rodney, provocó una revuelta estudiantil que pronto trascendió a una revuelta social que finalizó con violentos enfrentamientos con la policía. Dos autores como Andrew Salkey y Noel Williams, usaron estos hechos como punto de partida para sus respectivas novelas *Joey Tyson* (1974) e *Ikael Torras* (1976). Dos años más tarde en Trinidad el movimiento del Black Power estaba en condiciones de ganar las adhesiones de elementos del ejército y del movimiento sindical que supusieron un serio desafío al gobierno del Movimiento Nacional del Pueblo (*People's National Movement*) de Eric Williams. Crisis similares afectaron en distintos territorios de las Indias Occidentales y contribuyeron a realizar importantes cambios en la política doméstica y exterior de los distintos países.

Una de las consecuencias más significativas de este movimiento fue el restablecimiento de relaciones con Cuba. Culturalmente este giro político se había anticipado a finales de los 60 con escritores que residían en Londres como John La Rose, Edward Brathwaite, George Lamming o Andrew Salkey, que pertenecían al Movimiento de Artistas del Caribe (CAM). *Habana Journal* (1971) de Andrew Salkey, plasma las impresiones que dejó en él el

experimento cubano, después de asistir en la Habana a un congreso en 1968, al que acudió junto a otros autores. Entre 1972, cuando el jamaicano People's National Party liderado por Michael Manley llegó al poder, hasta la invasión americana de Granada en 1983, el nexo de unión cubano ayudó a integrar las antiguas colonias británicas en un espacio cultural regional más amplio. Esta reorientación inspiró el cambio de la tradicional nomenclatura de «Indias Occidentales» por la «caribeño» o «caribeño anglófono», puesto que la población de la región comenzó a darse cuenta del legado colonialista que compartían con el resto de América Latina y que había provocado el aislamiento y la ignorancia mutua. La labor del Movimiento de Artistas del Caribe (CAM) para generar este nexo de unión, fue fundamental. La revista que publicaban titulada *Savacou*, fue una de las publicaciones más influyentes que surgieron tras la agitación que supuso el Black Power. El papel de La Casa de las Américas, en Cuba, fue esencial en el trabajo de estos autores que encontraron aquí un lugar de encuentro y de conocimiento mutuo muy amplio que sirvió a muchos autores de diversos orígenes.

La literatura producida en las llamadas Indias Occidentales a lo largo de las últimas décadas del pasado siglo XX, ha ido tomando conciencia de sí misma, se aleja progresivamente de los modelos británicos que sirvieron de referencia durante un tiempo, y establece una relación más crítica con orígenes hasta cierto punto mitificados, como fue el caso de África. Un proceso que conduce a encontrar el tono de una voz propia, original y fácilmente identificable como caribeña ©